

y diseños de las portátiles clases políticas, civiles y militares, de la década de 1910.

Marco Palacios
El Colegio de México

LUIS SAZATORNIL RUIZ (ed.), *Arte y mecenazgo indiano. Del Cantábrico al Caribe*, Gijón, Ediciones Trea, 2007, 670 pp. ISBN 978-84-9704-290-1¹

Éste es un libro sobre itinerarios de vida y sobre tránsitos culturales. Una ventana a la mentalidad de cántabros, asturianos, vizcaínos y gallegos que emigraron a América entre el siglo xvii y principios del xx: los indianos. Ofrece múltiples huellas de una saga que no es la del emigrante común o de aquel que regresa con las manos vacías, al que “se le cayó la maleta al agua” en el tránsito marino, sino la de aquellos que tuvieron éxito, y que fueron los menos, creando rutas a partir de un interés comercial construido sobre redes de lealtades de paisanaje y de parentesco. Incorporados a las élites americanas, estos grupos desarrollaron un particular mecenazgo artístico transatlántico del que da cuenta el presente texto, ofreciendo un análisis singular sobre la construcción socio-económica, política y simbólica de la mirada indiana.

A decir de Luis Sazatornil y Ramón Maruri, historiográficamente se ha tenido una mala opinión sobre el mecenazgo indiano. Ésta se fundamenta en la visión ilustrada española sobre la emi-

¹ Autores: Begoña Alonso Ruiz, Javier Barón Thaidigsmann, José A. Barrio Loza Aurelio A. Barrón García, Loza, Isabel Cofiño Fernández, Vidal de la Madrid, Javier Gómez Martínez, Tomás A. Mantecón Movellán, Ramón Maruri Villanueva, Alfredo J. Morales Martínez, María Cruz Morales Saro, Maite Paliza Monduate, Tomás Pérez Vejo, Julio J. Polo Sánchez, Germán Rueda Hernanz, Luis Sazatornil Ruiz.

gración a América y en su crítica a una política económica india-
na de tinte aristocrático desarrollada en la península: la inversión
de sus caudales en tierra e inmuebles y no en la industria. Los
artículos de *Arte y mecenazgo indiano* ofrecen una interpreta-
ción historiográfica particularmente novedosa al proponer que
a la visión negativa del XVIII, el siglo XIX contesta con una “bio-
grafía positiva pero con un tinte trágico” del mundo socioeco-
nómico indiano. Ésta insiste en la relevancia del esfuerzo y del
trabajo del emigrante, apuntalando la conciencia de una aristo-
cracia adquirida a partir del trabajo y la imagen utilizada también
por los propios indianos, de que son pocos los que logran el éxito.
Esta visión decimonónica permitirá la reafirmación del indiano
en su propio contexto social original y promoverá el mecenaz-
go artístico como una representación de vida, de mentalidad, y
hará manifiesto el compromiso del emigrante con su clan fami-
liar y su pueblo de origen. De tal manera, el presente libro ins-
cribe el fenómeno del mecenazgo indiano dentro de las políticas
socioeconómicas de la emigración indiana y propone una idea
muy interesante: considerar la emigración indiana como estra-
tegia económica familiar transatlántica.

La emigración como una estrategia familiar

Las coordenadas geográficas y sociales del tránsito indiano
corresponden al de costas y puertos, clanes y pueblos. Se busca
ordenar, unificar y comparar promociones indianas para intentar
seguir los itinerarios a menudo suprarregionales y siempre tran-
satlánticos de los emigrantes americanos. Los autores construyen
el análisis a partir de las causas socioeconómicas de una tradi-
ción migratoria en el norte de España que se remonta a media-
dos del siglo XVIII.

La historia comienza en los territorios de Castilla interior, señala Tomás Mantecón. El régimen campesino en el antiguo régimen obligaba a las comunidades agrícolas a integrarse a mercados exteriores de tipo coyuntural, eventual o estacional, o bien a participar en la emigración a gran escala, en virtud de que una promoción de aparcerero a propietario era una transición que podía ocupar toda una vida. En este esquema la movilidad de varones era una manera de controlar el estado permanente de sobrepoblamiento relativo. La redistribución de los bienes y las deudas era un problema fundamental y ponía a las familias campesinas a negociar. En el siglo XIX se disparó la emigración gracias al incremento sustancial de la población, a la mejoría económica y a la presión que ejerce la tenencia de tierra. La zona cántabra, por ejemplo, si bien poco urbanizada, estaba densamente poblada, en particular en la comarca marítima. Un segmento importante de esta sociedad rural, a pesar de un generalizado estatuto de hidalguía, era gente común, campesina. De tal manera, los parientes daban aportaciones económicas para que alguno del clan se embarcara a América, contrayendo este último deudas que habría de pagar después. El envío de remesas a Cantabria, apuntan Julio Polo e Isabel Cofiño, solían ser gestionadas por los familiares responsables de hacer realidad en la población de origen las demandas de sus parientes. La construcción de templos, ermitas y santuarios financiados por capital indiano fue expresión habitual de agradecimiento de éstos, que no exentos del deseo de vanagloriarse hacen gala de símbolos de patronato como escudos, inscripciones o bultos funerarios. Fue habitual, sin embargo, que las obras arquitectónicas financiadas por indianos no llegasen a ser completadas o se hiciesen al retorno de éste a su solar de origen. A decir de José A. Barrio Loza, la modalidad más frecuente de mecenazgo artístico es la individual, la que un particular o como máximo una familia realiza, aunque también hay donaciones colectivas. En todo caso, en un inicio los cauda-

les fueron aplicados directamente a financiar la construcción o reparación de edificios religiosos y de muebles importantes para la comunidad.

La expulsión de la población por razones económicas, indica Mantecón, también se inscribía dentro de una serie de estrategias familiares de herencias y matrimonios. Entre los indianos se distinguían los infanzones indianos y los indianos campesinos; los primeros conservaban la práctica hereditaria y el entramado matrimonial que respondían al propósito común y consciente de lograr la reproducción social del grupo. La vinculación de bienes por vía de mayorazgo y la intensa endogamia social son vehículos para ello. Cuando los infanzones iban a las Indias, no dejaban de ser mayorazgo algunos de ellos y con el capital enviado desde ultramar o con el amasado en la Península se ampliaban las propiedades del mayorazgo. La serie de casamientos indica la política matrimonial típica de los indianos, ya que el matrimonio es también un negocio. A decir de Tomás Pérez Vejo, al menos en el caso de vizcaínos y montañeses, la diferenciación social entre criollos y peninsulares en América resultaba marginal frente a estrategias familiares fundamentadas en la sangre y no en el lugar de nacimiento. A partir de esta idea, Pérez Vejo cuestiona la supuesta animadversión entre criollos y peninsulares como un motor de las independencias americanas.

A partir de los años treinta del siglo XIX se advierten sutiles cambios en los modos de encumbramiento social de estas élites. La Nueva España ya no es el destino habitual de emigración ni el foco principal de relación comercial, sino Cuba. A su vez, se incorporan a la red de intercambio transatlántico otros emigrantes, como los catalanes. Según avanza el siglo XIX la actividad y el número de indianos crecen hasta culminar el fin de siglo con el retorno masivo de capitales coloniales motivados por la crisis finisecular. El crecimiento fue excepcional al punto que, indica Germán Rueda, durante las últimas décadas del XIX las

disposiciones gubernamentales intentan orientar la emigración hacia las colonias, especialmente Cuba y Puerto Rico, hasta la pérdida de las mismas en 1898. Éste es el momento culminante del mecenazgo indiano que alcanza las primeras décadas del siglo xx y tiene como marco la España de la Restauración como momento histórico y la Edad de Plata como momento cultural. Indica Maite Paliza que en la edad contemporánea los emigrantes que regresan de América tienden a vivir como rentistas e incluso algunos inician una nueva carrera en los negocios. Se permea en la interpretación de los autores que el cambio cultural fundamental en la mentalidad indiana de principios del siglo xx es la transformación de una élite regional en una élite urbana nacional. En el periodo la inversión del capital indiano se desvía hacia ciudades europeas de gran relevancia: Madrid, Barcelona, París. La construcción de viviendas acorde al nuevo estatus es común. Algunos indianos construyen en su lugar de origen, pero otros lo hacen en Madrid o en las capitales de provincia, edificando las casas de verano en sus aldeas natales. San Sebastián, la ciudad de veraneo de los reyes, por ejemplo, se transforma en una ciudad de moda en la que los indianos pasan largas temporadas en residencias majestuosas y no poco excéntricas. En la mayoría de los casos, estas arquitecturas estaban acordes a los estilos de la época e incorporaban las instalaciones más modernas del momento. El interés en modernizar los espacios, dotarles de sistemas para la higiene, la salud y el *confort*, se traduce en el equipamiento de infraestructura y vivienda en las zonas de origen. A cambio hay un agradecimiento por parte de los locales a través de monumentos y otras distinciones. La arquitectura de estos indianos, en este particular periodo, son obras descontextualizadas que no guardan relación ni en tamaño ni en estilo con los edificios de su entorno. Esto resulta distinto a lo del siglo xviii, que privilegiaba el uso de imaginarios arquitectónicos regionales, barrocos o neoclásicos. Se podría decir que, a diferencia del

indiano del siglo XVIII, el contemporáneo es cosmopolita como lo hacen manifiesto la biografía y mecenazgo de Ramón de Errazu que presenta Javier Barón y la biografía de los Sánchez de Tagle de Javier Gómez Martínez.

Entre 1882 y 1936, un periodo de emigración en masa, las circunstancias político-económicas produjeron la paradoja de que cuando España pierde las colonias americanas, el éxodo transoceánico en 50 años fue muy superior a los movimientos de población durante todo el periodo colonial. Los destinos principales fueron Argentina (48%) y Cuba (34%), siguiendo Brasil y Uruguay, con mucha distancia, y con menos de 8% la emigración a México y a Estados Unidos. Sin embargo, a partir de 1902, indica Germán Rueda Hernanz, el gobierno español libra a los emigrantes de la obligación del permiso gubernativo para embarcar. En 1903 se especifica como necesaria la cédula personal y se sigue restringiendo el permiso a hombres en edad militar, menores de edad y mujeres casadas que carecieran de permiso de emigración. Una política clara de emigración a América sólo llegó a partir de la emigración asistida en la década de 1950.

*Nuevo perfil de la sociedad colonial americana:
la mentalidad indiana en América*

El emigrante sufre un proceso de tránsito. Al llegar joven, normalmente, inicia un aprendizaje en la administración colonial o en el comercio indiano hasta llegar en contados casos al éxito. Este éxito lo es todo. La saga de los indianos se encuentra en el ámbito burgués, aunque en este mismo es extraño. Thomas Mann, apunta Luis Sazatornil, sustenta el análisis sobre la burguesía alemana en los dos grandes argumentos del capitalismo en el siglo XX: la aceptación del concepto calvinista del éxito material como justificación del itinerario vital y la idea del desgaste gene-

racional en las familias capitalistas. La fatiga del capitalismo sirve a Mann, indica el autor, para novelar el proceso de descomposición del burguesismo en las familias capitalistas, “que es también el proceso de pérdida casi biológica de eficiencia”.

El rápido éxito que acompañaba la actividad de los comerciantes indianos más llamativos durante el siglo XVIII obligaba a una justificación social igualmente rápida, lo que favorecía el tono eufórico, incluso mítico, en la construcción de una nueva personalidad. Tomás Pérez Vejo lo considera una casta (como lo hace David Brading y lo comparte en este libro Luis Sazatornil) con un fuerte sentido de paisanaje y con una conciencia de superioridad expresada por el convencimiento de ser de “mejor sangre”. Su éxito económico se justifica por su devoción religiosa, laboriosidad y responsabilidad, cuando no por la protección divina. El hecho es que vizcaínos y montañeses formaron una élite de comerciantes con características diferentes del resto de la élite novohispana. Según este punto de vista, las colaboraciones en *Arte y mecenazgo indiano* hacen pensar en un mundo de, les llamaría yo, “puritanos católicos” con una conciencia de casta y de superioridad racial y moral. Una posibilidad que introduciría luces sobre un nuevo perfil de la élite colonial americana.

Los campesinos indianos y los indianos infanzones se orientaron al ejercicio y profesiones de carácter civil como el comercio, la agricultura, ganadería, industria y banca construyendo un mundo aristocrático a partir del trabajo. Los que triunfaron, señala Ramón Maruri, ingresaron a las filas de la nobleza titulada. Pero aquellos que lo lograron, estos “nacidos para triunfar”, contaban de antemano con condiciones de ventaja desde su partida: “su condición hidalga, muy generalizada en tierras norteñas y requisito indispensable como el de la limpieza de sangre e hidalguía de cierta preeminencia”. I. A. A. Thompson en *War and Society in Habsburg Society*, indica Maruri, considera que a medida que transcurren las décadas del XVIII los servicios presta-

dos a la corona, en cualquiera de sus formas, ya no eran los más estimables. A partir de finales del siglo xvii, apunta Thompson, se van tomando en consideración, paso a paso, al menos por lo que a la concesión de hidalguías se refiere, nuevos valores como trabajo incesante, diligencia, perseverancia, integridad, eficacia, utilidad, crédito, estimación, educación, causa pública y otros del mismo tenor. La riqueza “más que ser tangencial y evasiva con su dinero en el siglo xvii, en el xviii no es vergüenza de anunciarles como un mérito positivo”. De hecho, buena parte del barroco vasco, puntualiza José A. Barrio, se construyó con dinero americano. Ya desde principios del siglo xvii habían aumentado en el norte de la Península los mecenazgos aplicados a la construcción y dotación de conventos, decreciendo los donativos para mobiliario religioso y medrando en mucho las obras pías. La arquitectura, ejecutada por oficiales del lugar, se pagaba con dinero americano. Esto, a diferencia de la pintura y la platería que, como relata Aurelio A. Barrón, eran obras ejecutadas en América, enviadas a Sevilla o ya en el siglo xviii a los puertos del Cantábrico, llegando en gran cantidad a la península a través del tráfico entre Callo y Veracruz.

Es decir, alrededor de la valoración moral de la riqueza indiana se iba abriendo paso a un concepto ilustrado y de raíces humanistas de nobleza fundamentado en lo meritocrático y lo cívico. Por el contrario, en la América virreinal parecía imperar una concepción tradicional de la nobleza de servicio vasallático. En correspondencia con esta idea, Ramón Maruri señala que no fueron ni la agricultura, ni la ganadería, ni la industria, ni el comercio, ni la banca, funciones que representaran méritos en si mismas para lograr la gracia de un título nobiliario, sino la riqueza que proporcionaban éstas y que transformada en donaciones o impuestos se ingresaba a las arcas del Estado. Esto, al margen de los militares y los funcionarios cuyos méritos les permitían un condado o un marquesado, como lo señala Julio Polo sobre los montañe-

ses funcionarios del Estado, como fueron los virreyes y algunos nobles. El carácter de élite de estos dos grupos nacionales se pone aún más de manifiesto si consideramos que en el momento en que los dos partidos, el de montañeses y el de vizcaínos, toman el poder en el Consulado de Comerciantes a partir de 1742, no eran todavía los dos grupos mayoritarios entre los originarios de la Península establecidos en la ciudad de México. De tal manera, en un sentido moderno, indica Tomás Pérez Vejo, sería más apropiado hablar de empresarios o de banqueros que de comerciantes, puesto que este grupo social, además de monopolizar el comercio al por mayor en la península, tenía a su vez intereses en la mayoría de las actividades económicas del virreinato relacionadas con minas, haciendas, aviadores de otros empresarios, etcétera.

Luis Sazatornil sugiere que éste era un tipo sociológico sin equivalente ni en España ni en América, “una especie de tribu errante al margen tanto de la sociedad que les acogió como en su sociedad de origen”. El autor considera la alienación del indiano como una característica de este tipo sociológico. Sin embargo, el análisis del retrato en este grupo indica elementos de construcción y afinidades identitarias mucho más complejas. De hecho, el uso del retrato es significativo en el contexto novohispano del siglo XVIII tanto por su altísimo número como por la democratización de este género pictórico entre las élites del momento. Llama la atención su atribución nobiliaria y no burguesa, señala Tomás Pérez Vejo, que pareciera indicar que en un momento dado todo miembro que se preciase en la élite novohispana hubiera tenido un retrato. Éstos son retratos barrocos en los cuales se define la posición de la imagen de la persona como apariencia frente al ideal moderno de la persona como verdad. En el caso novohispano la persona y su representación pictórica son sólo un emblema del grupo al que pertenece; es decir, puntualiza Pérez Vejo, representa no lo que es sino el lugar que ocupa. El retrato aparece con la indumentaria que corresponde a su grupo y

rodeado de todos los elementos que le dotan de identidad social. A través de la imagen se establecen su identidad como miembro de una corporación, de un grupo étnico o de un linaje familiar y las características que definen a cada uno de estos grupos. Caben, no de manera muy precisa, dentro de la categoría de retrato civil, es decir, la de los no encargados por ninguna de las tres grandes corporaciones públicas de la época: corona, Iglesia y universidad. Estos retratos se distinguen frente a los de otros grupos peninsulares, como el de los criollos, en que hacen manifiesto “el orgullo de origen, con la inclusión de referencias al lugar de nacimiento de los retratados; la obsesión genealógica, con presencia continua de elementos heráldicos; la vinculación con el comercio, alusiones más o menos explícitas a los cargos ocupados en el Consulado de Comerciantes”. La referencia al lugar de origen es la de un antepasado, ese primer familiar que es vínculo casi mítico con el clan peninsular. Por lo cual, visto desde la perspectiva de la producción artística indiana producida en América, el lugar de origen y el de acogida sí que tienen un papel fundamental en la definición identitaria de este grupo.

Es posible que una idea cuestionable en esta interesante antología, sea la del indiano como “tipo sociológico sin apenas acomodo en ninguna de las dos sociedades de las orillas atlánticas”, como la caracteriza Luis Sazatornil. ¿Qué es América en la mirada del indiano?, es una pregunta que se resuelve a medias, puesto que las investigaciones están dirigidas hacia la producción en España. Sin embargo, también hay una historia en la otra orilla del Atlántico que invita a ser considerada.

¿Y qué hay de América?

Arte y mecenazgo indiano se centra en la experiencia peninsular, en el retorno de los caudales y en su materialización a través de

obras artísticas y edificatorias en los lugares de origen. Ésta es una característica de la antología que la hace muy valiosa. Sin embargo, hay una historia del mecenazgo artístico indiano en América que resulta, en gran medida, aún más elocuente que la experiencia peninsular y que posiblemente matizaría la idea de la construcción de “escenarios peninsulares” en América y, por tanto, de la mencionada alienación del indiano. De hecho, la idea de alienación podría estorbar en la atención que merece la complejidad de la construcción de los imaginarios indianos, que son, en mucho, la invención simultánea de múltiples mundos identitarios.

Cuando se indica, como lo hace Luis Sazatornil, que no hay en términos artísticos un estilo común a los indianos que represente sus propios imaginarios, sino una adopción de gustos de la época y del lugar, se está haciendo manifiesta la complejidad de este mundo cultural. La hipótesis que ofrece el autor es que en un afán “de hacer lo que hace” la aristocracia y la burguesía, los indianos contratan arquitectos que trabajaban para estos estamentos; de tal manera, se indica, la producción indiana no provee una diferencia estilística sino que se caracteriza por la magnitud o la desmesura de los proyectos. Esta hipótesis, desde mi punto de vista, encasilla el asunto de la producción artística indiana como un problema de eclecticismo, de mimesis cultural, de ostentación y protagonismo económico. Se limita, por decirlo así, la autenticidad y complejidad identitaria en el problema de la representación simbólica indiana.

De manera similar, la idea de la construcción de un “escenario peninsular” en América no enriquece la interpretación del fenómeno indiano en el mundo americano. Begoña Alonso nos relata que desde el siglo xvi los primeros constructores españoles en el Caribe se dedican a construir un escenario peninsular. Frente a los compromisos económicos y sociales que los indianos tenían con su familia y casa, indica la autora, es casi imposible que se fijaran en un proyecto de vida en América a partir de una inclu-

sión americana. Alfredo J. Morales, a partir del escenario peninsular interpreta el envío de obras de arte y los intercambios entre ambas orillas del Atlántico que se darían hasta el siglo XVIII por la Casa de Contratación de Sevilla como fundamentales para construir un mundo espejo. Por su lado, Vidal de la Madrid señala que en el indianismo asturiano no hay un interés en reflejar visual o estilísticamente a América, ni en los objetos que se exportaban de este territorio ni en las edificaciones que se construían. Según esta visión, las obras promovidas por los emigrantes, se dice, apenas se distinguen del resto de las realizaciones contemporáneas, salvo por su mayor ambición o por la evidente desmesura que transmiten en algunos lugares concretos. “Sus ojos están siempre volteados a la patria”, es la conclusión general entre los autores.

Si embargo, el mecenazgo entendido como lo sugiere este libro, un movimiento colectivo de promoción y reivindicación identitaria a través de las artes, da pie para revalorar la fidelidad que estos grupos promueven entre las familias en América. América, por decirlo de otra manera, puede ser imaginada como un sistema de redes familiares y de clanes. En la medida en que *Arte y mecenazgo indiano* ofrece información sobre el mecenazgo indiano desde el siglo XVIII, aportación novedosa ya que el fenómeno se ha estudiado fundamentalmente como expresión decimonónica, podría reconsiderar la “visibilidad de América” como sí lo hace para el siglo XIX. María Cruz Morales, por ejemplo, indica que desde el último tercio del siglo XIX las organizaciones asociativas de numerosos países de América del Sur, a partir de los clubes españoles, las sociedades españolas de socorros mutuos, las sociedades españolas de beneficencia o los centros regionales, emprendieron una labor muy activa en la financiación de edificios para sus sedes, amueblamiento y decoración de las mismas, promoción de monumentos públicos y funerarios, escuelas e iglesias en ambas orillas del Atlántico.

Arte y mecenazgo indiano. Del Cantábrico al Caribe es una publicación relevante que, al abordar el conocimiento de las causas que llevaron a esas élites a financiar obras de arte y a instituir fundaciones, y al cuestionarse sobre la incidencia de la mentalidad de estos grupos sociales en España, abre una rica y compleja veta en un tema escasamente estudiado en el mundo historiográfico sobre las relaciones América-España.

Johanna Lozoya

Universidad Nacional Autónoma de México

PABLO YANKELEVICH (coord.), *Nación y extranjería. La exclusión racial en las políticas migratorias de Argentina, Brasil, Cuba y México*, México, Programa Universitario México Nación Multicultural, Universidad Nacional Autónoma de México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 2009, 308 pp. ISBN 978-607-02-0905-5

Este libro es producto del atinado esfuerzo que Pablo Yankelevich ha venido realizando en los últimos años, con la colaboración de no pocos colegas, en torno al amplio proyecto “Nación y Extranjería en México: 1910-1945”, un proyecto albergado en el Instituto Nacional de Antropología e Historia y auspiciado por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología.

Celebro que Yankelevich haya emprendido la coordinación no sólo del libro sino de este proyecto, movido por un interés muy pertinente de colocar de modo más firme, en la agenda de la investigación y del debate en nuestro país, el historiar y el reflexionar sobre la nación moderna y las ideas y creencias que la sostienen, desde una perspectiva que sigue siendo, por lo menos en América Latina, innovadora. Ésta consiste en combi-